



# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

**SOBRE ANTONIO PÉREZ,**

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

ARTÍCULO 8.º (1).

A los pocos días de esta nueva prisión mandó el rey volverle á la corte. No era este el ánimo de sus enemigos que representaron varias veces al monarca esponiéndole cuanto ofendía á la vindicta pública la venida del ministro delincuente. Dilataron cuanto pudieron el cumplimiento de esta resolución, pero al fin á los dos meses y medio trajéronle á una casa principal que se le dió por cárcel. A pesar de los testimonios de traición que arrojaba la causa de su Secretario, vacilaba Felipe II. Por una parte la venganza, al par que la justicia, reclamaban el castigo del amigo desleal, del pérfido consejero: pero por otra su humildad, su talento, sus servicios y sobre todo el afecto que el monarca le profesara abogaban

elocuentemente en su favor. Aunque resuelto, en este como en todos los casos, á dejar libre su acción á los jueces, tomaba alguna vez intervención en la causa para templar sus rigores. Nunca habían visto los palaciegos mas indeciso el ánimo del soberano: temían en tanta variedad de sucesos que volviese el antiguo favor del orgulloso valido: la envidia los engañaba: Antonio Pérez estaba perdido para siempre.

Pero si el monarca ofendido tomaba ante tantas persecuciones un aspecto moderador; si el público conmovido por tamaña desgracia olvidaba su odio al Secretario de Estado; si el cardenal Quiroga y algunos otros miembros del clero le apoyaban ostensiblemente, en cambio el partido de sus enemigos se reforzaba de día en día con nuevos auxiliares. Al frente de los envidiosos cortesanos, de los personajes resentidos, se hallaban Rodrigo Vázquez y el confesor del rey. Aunque al borde del sepulcro, y encorbado por la edad, la calva frente del Presidente de hacienda abrigaba las mas implacables pasiones. Acostumbrado á la reserva de su alta posición y envejecido en lu-

Mayo 30 de 1841.

(1) Véanse los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

chas palaciegas, habia guardado muchos años las ofensas tal vez involuntarias que, en mal hora, le hiciera el ministro en el apogeo de su poder.—La escasa capacidad de fray Diego de Chaves no habia podido resistir al choque de las intrigas de que era agente principal por orden del soberano: habia levantado una punta del velo que cubria relaciones misteriosas; pero al notar mayor confusion en sus ideas mientras mas adelantaba la causa, al advertir cuan poco entendia de las intenciones de su rey, persuadiase de que Antonio Perez le engañaba con traicion; mirábale como un rival peligroso y abria sus oidos tanto á las justas quejas como á las mas extravagantes calumnias.

Contestó entretanto el Secretario de estado á la querella de Escovedo, presentando en su descargo seis testigos: D. Diego Bustamante, Antonio Martinez, Claudio Vara, Juan de Vega, el alférez Gil de Mesa y Luis Juan de Orihuela, contador del rey y escribano del consejo de Aragon. Sus declaraciones, dadas en 7 de setiembre de 1589, estan reducidas á afirmar que, al tiempo de la muerte, se hallaba el ministro con el marques de los Velez en Alcalá de Henares; y á manifestar sospechas sobre la delacion de Antonio Henriquez, á quien juzgaban sobornado por dinero, y resentido por creer que Diego Martinez, con consentimiento de Perez, habia hecho atosigar á su hermano.—En este estado de la

causa, pidió términos D. Pedro de Escovedo y suspension del negocio mientras buscaba al boticario que destiló las yerbas y al alférez Juan Rubio, de quienes tenia algunas aunque confusas noticias.

Cada vez mas alarmado, interesaba Antonio Perez en su favor con liasonjeros billetes á los personajes de la corte. Escribia tambien frecuentemente al rey esponiéndole los peligros que podria traer el proceso si se le obligaba á declarar las verdaderas causas de la muerte de Escovedo; pero estas cartas pasaban sin contestacion á manos del juez que las agregaba á los autos. Por orden del monarca escribió al Secretario de Estado el confesor fray Diego.

»Señor:

«Haviendo entendido los grandes «trabajos de v. m. y de su casa «tanto tiempo ha, he andado pensando conmigo si era bien por lo «que la Charidad pide, dar consejo «á quien no me le pide. En fin me «he resuelto en hazerlo: y assy le digo que pues v. m. en realidad de «verdad tiene escusa peremptoria «en este hecho, quando se venga á «saber, que v. m. devria de confesar de plano lo que se le pide y «con esto se quitar á mi juicio de «todos los trabajos que tiene, pues «el fundamento de todos ellos es «y ha sido esto; y cada uno responda por sy.»—Consultó Antonio Perez con el cardenal Quiroga y respondió al confesor en una carta muy hábil, esponiéndole los



peligros que podrian resultar para el servicio del rey de semejante declaracion; y manifestándole que no le permitia su conciencia condenarse en caso tan grave, cuando no habia probanzas de valor, y quando podrian alcanzar los resultados á sus hijos inocentes: para acabar pues la causa, el único medio conveniente que veia era un concierto pecuniario con Escovedo.—Contestóle fray Diego de Chaves insistiéndole en su primera opinion y aconsejándole que diese al monarca por ordenador de la muerte, aunque sin declarar las causas políticas que mediaron; esplicábale su doctrina del derecho real en la forma de los juicios, y aprobaba por último el arbitrio de una transaccion con el querellante.—Antonio Perez adoptó al momento este último partido: sospechaba que los consejos del confesor iban encaminados á hacerle declarar la muerte para abandonarle desarmado á sus contrarios: no era así. Felipe II queria concluir una causa en que podian divulgarse secretos políticos de grave interés: pero su Secretario, tomando consejo del cardenal, entró en tratos y comenzó negociaciones con Pedro de Escovedo.

Alarmado Rodrigo Vazquez al saber los pasos que se daban por parte del ministro, viéndole próximo á salir del laberinto de las persecuciones, y temiendo recobrase su fortuna, imaginó para preparar al rey á mayores providencias

abrir otra informacion de oficio sobre las relaciones de la princesa de Eboli. Comenzóse en 11 de setiembre de aquel año; y las declaraciones de los testigos, sin dar mas luz sobre los amores de Antonio Perez, giraron casi esclusivamente sobre su publicidad, sobre el cariño insensato de la altiva dama, y sobre la parte que tuvieron en la muerte de Juan de Escovedo. Solo hubo tiempo de examinar á tres personas; á Doña Cecilia de Herrera, á D. Pedro de Mendoza, y á Doña Beatriz de Frias, allegados ó servidores de la princesa y de su casa.

Presentóse al fin por parte del Secretario de Estado la escritura de apartamiento de la demanda que otorgaba Pedro de Escovedo: pedia en ella al rey, al juez-presidente, á los alcaldes de corte y á cualesquiera otras justicias, que desistiesen del conocimiento de la causa formada contra Antonio Perez y sus cómplices, perdonándolos él como los perdonaba, y absteniéndose como se abstenia en servicio de Dios: firmáronla ambos contrayentes y los testigos que asistieron; el Almirante de Castilla, D. Luis Henriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y conde de Mólica, D. Diego Zapata, comendador de Montealegre en la orden de Santiago, hijo sucesor del conde de Barajas, Presidente de Castilla, D. Alonso del Campo y Jácome Marengo. Mandó Rodrigo Vazquez dar traslado á Pedro de Escovedo, el que se ratificó



en la escritura, aprobándola nuevamente, reiterando su perdón y pidiendo la libertad del procesado. Reclamó Antonio Perez también la conclusión de la causa por faltar que-rella é intervenir remisión de la parte ofendida.—Triunfaba por esta vez el desventurado ministro: no había méritos para el proceso, ni fundamento para la persecución.

Habíase concertado el apartamiento en veinte mil ducados que mandó el rey pagar religiosamente á Pedro de Escovedo, aun en el tiempo en que intervenidas las rentas del Secretario, no tenía recursos propios para su mantenimiento y atenciones.

Encendido en cólera al ver escapar su presa, Rodrigo Vazquez espuso á Felipe de palabra y por escrito los rumores que corrían de haberse ejecutado la muerte por mandato real: díjole que Antonio Perez le había comprometido con el público; y que á su fama y al decoro de su corona convenía se declarasen las causas y motivos de aquel castigo sangriento: para conmover su ánimo cuidaba de recordarle las ofensas de su privado infiel, enviándole la última información sobre sus secretos amoríos. Pesar recibió el soberano de esta instancia: parecía ya concluido el asunto de Escovedo; pero atendiendo á las razones del Presidente y también á las calladas voces de un resentimiento justo, autorizó con una carta á su ministro para

declarar toda la verdad.—Entonces, valiéndose de este consentimiento, dictó el juez en 21 de octubre un auto motivado, continuando el juicio para averiguar si las causas que mediaron en la muerte de Escovedo, y que dió como ciertas Antonio Perez al rey, tenían verdaderos fundamentos y probanzas.

Semejante providencia era una espantosa injusticia. Al cabo de doce años, ocupados sus papeles, ausentes varias personas, muertos muchos testigos, no podía el Secretario de Estado, culpable ó inocente, calumniador ó verídico presentar en juicio sus pruebas. Muchos magnates de la corte se conmovieron al saber tal escándalo. El arzobispo de Toledo manifestó en duras razones su estrañeza al confesor del rey, y el Nuncio de Sixto V hizo oficios en favor de Perez con el Presidente de hacienda. Pero no solo fué inútil toda intercesión, sino que el recelo y la indignación de los perseguidores se enconaban mas cada día.—En su rigurosa prisión, con guardas y centinelas, cercado de alguaciles que tenían pena de la vida si hablaba con alguien el prisionero ó si ellos mismos le dirijian la palabra, permaneció incomunicado el desventurado ministro hasta el 11 de enero de 1590 en que le tomó declaración Rodrigo Vazquez, enseñándole una carta que le mandaba el rey:

«Presidente:

«Podeis decir á Antonio Perez de



«mi parte, y si fuese necesario enseñarle este papel, que él sabe muy bien la noticia que Yo tengo de haber hecho matar á Escovedo, y las causas que me dijo para ello había: y porque á mi satisfaccion y á mi conciencia conviene saber, si estas causas fueron ó no bastantes, ya Yo le mando que os las diga, y dé particular razon de ellas, y os muestre y haga verdad lo que á my me dijo que vos sabeis, porque Yo os lo he dicho particularmente; para que haviendo Yo entendido lo que assy os dijere y razon os diere de ello, mande ver lo que en todo convenga. En Madrid, 1 de enero de 1590.—*Yo el rey.*»

Leyó detenidamente la carta Antonio Perez: vaciló un poco; pero recobrando su resolucion al notar la alegría que brillaba en los ojos de su anciano juez, contestó con serenidad y respeto á sus preguntas, refiriéndose á sus anteriores confesiones, negando haber tenido parte alguna en la muerte ni saber de ella mas de lo que el rumor público contaba: al mismo tiempo recusó en forma á Rodrigo Vazquez.—Dióse cuenta al monarca de su resolucion, y, admitiendo la recusacion interpuesta, nombró por acompañado del Presidente de Hacienda al licenciado Juan Gomez, miembro del Consejo é individuo de la real Cámara. Seis veces requirieron en distintos dias al procesado para que hiciese su declara-

ción; seis veces permaneció firme en su negativa.—El 21 de febrero mandáronle echar en vista de su tenacidad dos grillos y una cadena: al día siguiente pidió que se le quitasen y le diesen por libre en razon al estado de su causa; y entretanto Doña Juana Coello, arrestada sin mas permiso que el de salir á misa, pidió completa soltura, ó que se le manifestase la culpa para alegar su inocencia.

Irritados de la firmeza de Antonio Perez, constituyéronse los jueces en su prision el día 23 de febrero para interrogarle. Requiriéronle por tres veces consecutivas, y otras tantas se refirió á sus dichos anteriores: espusieronle la voluntad del rey de que declarase en forma; contestó que, si bien la respetaba, persistia en su resolucion. Apercebido con el tormento, oyó el mandato con serenidad, y respondió solamente que era hijodalgo, protestando el daño y la lesion que se le seguiria. Quitáronle los grillos y las cadenas: volviósese á preguntar y no contestó cosa alguna. Mandósele desnudar el vestido exterior: quitósele el verdugo, sin que pronunciase una palabra. Entonces se acercó Rodrigo Vazquez á hacerle la última intimacion.

Era de ver en el oscuro recinto del calabozo, entre los aparejos del tormento y al frente del verdugo inclinado sobre la escalera, la última reunion de dos ambiciosos cortesanos. Tocando el uno la losa de



la sepultura, inclinada la cabeza calva sobre el pecho, el cuerpo encorvado por la edad y devorada el alma por la envidia, se acercaba á interrogar con trémula voz á su enemigo desarmado. En la madurez de la vida y en la fortaleza de su corazón, levantaba el otro su frente orgullosa, midiendo y despreciando con altivas miradas las rastreras pasiones de sus contrarios. No sentía en aquel momento ni remordimientos de lo pasado ni ambición del porvenir: la sed de venganza, el desden tranquilo de un hombre aislado en el mundo se pintaban en su pálido semblante. El Presidente acabó cortado su apercibimiento: el Secretario repitió con voz entera su negativa.—Entonces se acercó el verdugo á cruzar uno sobre otro los brazos de Antonio Perez y comenzó en seguida á darle una vuelta de cordel: los alaridos del paciente resonaban cada vez mas estrepitosos, protestando que habia de morir en la demanda: hasta seis vueltas seguidas recibió. Mandaron en aquel punto interrumpir los jueces el tormento para requerirle, pero aun estuvo el reo firme en su resolución; y sin embargo sus ayes y gritos demostraban que la naturaleza no podía mas. A las ocho vueltas se vió obligado á ceder: los dolores del cuerpo vencían la fortaleza del espíritu. Sacáronle del potro: descansó un momento para ordenar sus ideas: trajéronle ropa: dejó la pieza el verdugo, y el Secretario de Estado de-

claró las causas políticas que, habian preparado la muerte de Escovedo.

Ratificóse el 25 en su declaracion, asegurando haberse negado antes por guardar fidelidad al rey, teniendo antiguas órdenes de su puño para no revelar el secreto: la ocupacion de sus papeles, la muerte de algunos testigos, el transcurso del tiempo y las confianzas de su soberano le impedían presentar las pruebas convenientes.—Dos dias despues pidió que se le aliviasen las prisiones y que en razon á estar imposibilitado de los brazos viniesen sus criados á servirle: certificó el doctor Torres que se hallaba con fuerte calenture, y permitióse entonces la entrada de una persona elegida por Doña Juana Coello, con condicion de no volver á salir ni hablar á nadie.

Durante los años de las largas prisiones de Antonio Perez habia crecido y formádose la mayor de sus hijas. Llamábase Gregoria; y aunque todavia en los confines de la adolescencia, desatendiendo las gracias de su figura, pensaba solo en las desgracias de su padre. Amándole con delirio y educada en tanta variedad de acontecimientos, sufriendo desde su niñez los desengaños del mundo, habia fortificado su alma para proteger á sus hermanos contra la opresion mas recia cada vez de los enemigos. Fuerte como su madre, solícita y cariñosa como ella, procuraba ayudarle en los oficios de su sagrada caridad. Solas aquellas dos mugeres, sin otro amparo que los es-



casos amigos que les habia dejado la desgracia, no desmayaban un punto en sus oficios ni en su recíproco consuelo.—En Santo Domingo el Real fué Doña Juana Coello, no á ver á las hermanas que allí tenia, sino á aguardar al confesor del rey: hallóle junto al altar mayor; y, recordándole su promesa de salvar á su esposo, le pidió justicia, representándole con lastimosas quejas la persecucion que le aquejaba. Pero sordo estaba Fray Diego á sus clamores. Entonces viendo el Santísimo Sacramento en el altar, volvióse á él la desolada esposa en un arrebato de indignacion. «Dios mio, dijo, tú que todo lo ves, que todo lo oyes, yo te llamo por testigo contra este hombre, yo te pido justicia de mi agravio.» Pálido, atónito, mudo quedó el fraile aterra-do por estas vehementes palabras. Levantándose trémulo al fin, llamó á voces los criados de Doña Juana Coello, hizo convocar á sus hermanas, sus sobrinas, á la priora y otras religiosas junto á la reja del coro: allí, protestando la razon de las quejas proferidas, aseguró haber aconsejado al monarca que despachase sin mas dilaciones los negocios de Antonio Perez, prometiendo resolverle en la última confesion. «Señora, añadió, ¿qué puedo yo hacer mas?»—Si señor, mas podeis hacer, contestó con vehemencia Doña Juana: no absolverle sino ejecuta al punto, é irós á vuestra celda, que mas cerca estareis del cielo en ella que donde estais. Juez supremo sois

en el lugar de confesor, yo la agraviada, el rey reo: y aunque él tenga la corona en la cabeza, mayor sois vos allí: así lo rezais allá.» Quedó el confesor mudo y confundido: él sabia la verdad del caso y jamás perdonó á doña Juana las gotas de hiel que le habia hecho tragar en el convento.

En diversas ocasiones acudió tambien Gregoria Perez, seguida de sus sirvientes, á pedir justicia á Rodrigo Vazquez. Engañada su inocencia por las protestas del viejo cortesano, creia la doncella en aquel, las palabras sin fê, aguardando siempre la felicidad; hasta que, viendo pidaserd sus esperanzas y la persecucion contra su padre mas enconada cada dia, fue á ver al Presidente acompañada de sus tíos y de todos sus hermanos. Entró pálida y con resolucion; recordó al juez detenidamente sus ofrecimientos; echóle en cara la triste hazaña de engañar á una doncella, y presentándole aquellos niños que se agolpaban á su lado, le dijo: «Si tenéis sed de sangre y quereis con ella remozaros, aquí os traigo esta sangre inocente. Todos venimos á esto. Bébala Vuestra Señoria. Hártese de ella de una vez, aunque pierda el gusto de la detencion. Acabe y acábenos ya. Henos aquí.» Al oír tan vehementes apóstrofes pronunciados por una boca casi infantil, el palaciego, el Presidente acostumbrado á la compostura y á la frialdad, se levantó desatentado y empezó á arrancar pasos por la



sala, turbado, temeroso, confundido ante una pobre doncella apoyada solo en su inocencia y en su justicia. Medio convulso al fin, se sostuvo en la pared, sin oír, sin ver nada, mas sin volver á su asiento. Tal confusión alborotó la voz de una niña en su conciencia culpable.

Los rigores del tormento causaron en Antonio Perez una fuerte enfermedad. Devorado por la calentura y pesaroso en su incomunicación, pasó la mayor parte del mes de marzo, sin que permitiesen sus jueces la entrada de su esposa. Concediósele al fin licencia para acompañarle, en atención al lamentable estado del prisionero.—Comentábanse entretanto sus desgracias, moviendo fuertemente la compasión del público; la noticia del tormento causó lastimosa sensación en Madrid. Muchos palaciegos gozaron en silencio, pero algunos magnates se quejaron en voz alta de la severidad de los jueces. Nadie empero habló á Felipe: viéronle solo en la capilla real, mientras el padre Salinas, de la orden de San Francisco, predicaba á los cortesanos sobre el desengaño del favor de los príncipes. «Hombres, decia el elocuente fraile inclinado en el púlpito: ¿tras quién os andais desvanecidos y boquiabiertos? ¿No veis el desengaño? ¿No veis el peligro en que vivis? ¿No le veis? ¿No le visteis ayer en la cumbre y hoy en el tormento? Y no se sabe por qué hay tantos años que le aflijen?

¿Qué buskais? qué esperais?»

Convencido Antonio Perez de la suerte que le aguardaba, penetrado al fin de las intenciones de sus implacables enemigos, cercado de procesos tanto pecuniarios como criminales, y sin amparo en el rey que sabía sus ofensas, resolvióse á intentar á cualquier costa su aventurada fuga. Habíase complicado en aquellos dias su causa con otros ramos separados y peligrosos: todo el que tenia una queja contra él, ó habia descubierto alguno de sus delitos, se presentaba inmediatamente á la delación. —Restablecido de su enfermedad, y dejando un bulto enmascarado en su cama, púsose el miércoles santo unos vestidos de su muger y pudo pasar entre sus guardas, recomendando con disfrazada voz que no hiciesen ruido por no despertar al enfermo. Gil de Mesa, su compatriota y pariente, le esperaba fuera de la ciudad con los caballos. Eran las nueve de la noche; iba Antonio Perez por las calles acompañado de un amigo, cuando encontraron á la justicia: poniéndose detras de él, como si fuese su criado, estuvo parado algunos momentos sin ser conocido, mientras hablaba con los alguaciles su compañero.—Libre al fin de este encuentro peligroso, montó á caballo; y aunque flaco y lastimado por los tormentos y aflicciones, corrió en posta sin detenerse hasta tocar la frontera de Aragon.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.



## AMENA LITERATURA.

## Maquiavelo

## COMO POETA DRAMÁTICO.

El nombre de Maquiavelo no recuerda mas pensamientos que los de una política sombría. La imaginación se transporta sin querer á las páginas del *Príncipe*, de ese formulario de máximas de gobierno, de donde hace tres siglos, van á sacar axiomas y reglas todos los que desean aprender el difícil arte de gobernar á los hombres. Estadista, amamantado en las intrigas de la corte mas astuta é inquieta de su época, observador profundo de las revoluciones que habian trastornado tantas veces la faz de la Italia, iniciado en la relijion política de aquellos potentados que bajaban y subian por medio de crímenes al trono de los pueblos, Maquiavelo admitió sin preocupacion ni escrúpulo las máximas mas inmorales como máximas de gobernación. Para él no hay mas que un fin, un solo objeto: el triunfo; el camino mas facil ó mas corto es el mejor de los caminos. Y no se ha apasionado, como se dice vulgarmente, por los monarcas: en su libro tanto los reyes como los tribunos pueden encontrar armas para el combate: sea para conservar ó destruir un sòlio, para ganar y usurpar el poder, con tal que sea necesario subir tortuosa y hábilmente, el secretario florentino ofrece sus ausilios á cualquiera. Así su obra es una espada que está bien en todas las manos inteligentes y firmes: así durante muchos años ha conservado alta aunque peligrosa reputación, dando su nombre á la diplo-

macia, al arte político de los ministros ó soberanos sagaces.

Confundida en la brillantez de su fama de publicista, ha quedado casi desconocida su reputación de literato. ¿Quién se acordaba de Maquiavelo poeta, en España sobre todo, en que un rey comentaba á Maquiavelo político? Pero á pesar de este olvido han quedado algunos trabajos que prueban la cultura y amenidad de su imaginación.

Sin contar algunos versos latinos y composiciones amorosas, Maquiavelo es autor de la mas viva, mas libre y mas perfecta de las comedias italianas. *La Mandrágora* es ciertamente muy superior á *La Calandria* del cardenal Bibbiena. El asunto es mas interesante, mas sencilla y mejor eslabonada la intriga, tan bueno y correcto el lenguaje, tan vivo y animado el diálogo. En *La Calandria* la estrema complicación del enredo acaba por producir fastidio. En *La Mandrágora* se encuentra mas que en ninguna otra pieza el tipo de esa manera rápida, cargada, exenta de escrúpulos y hasta de pudor que ha prevalecido durante dos siglos: examinando la producción de Maquiavelo y la de Bibbiena se encuentra la clave de las revoluciones del teatro italiano.

El argumento de *La Mandrágora* es la bien conocida historia de Niccía Calfucci, ciudadano de Florencia á quien atormentaba un deseo violento de paternidad. Su amigo Calimaco, enamorado de Monna Lucrezia, su mujer, no pudiendo triunfar de la virtud de la devota Florentina, no sabía ya que partido tomar, cuando, examinando á fondo la estrema necesidad del marido, advirtió que era hombre de caer en cualquier lazo ó estratagemas que le tendiesen, por grosera que pudiese ser. Propúsole entonces una receta misteriosa que infaliblemente debia hacerlo padre. Esta receta era una pocima preparada con el jugo de una raíz llamada mandrágora: pero esta bebida tiene malignas cualidades: causa la muerte del



primero que cohabite con la que ha de hacer madre, absorbiendo todo su veneno.

Niccia se niega á hacer uso de la yerba, atendiendo al peligro. Pero hay remedio para todo, le dice el amante. Elejiremos algun jóven de baja estraccion, algun infeliz que preceda en la cama al marido; que traiga y absorva todo el veneno. Niccia no podía acostumbrarse á esta idea, alegó el peligro, la infamia, y acabó por consentir en todo. Lo mas difícil ya era decidir á Lucrecia. Por de pronto creyó que era burla, se enfadó luego, y juró que se dejaría matar mil veces antes que consentir. No pudiendo convencerla, apellóse á Fray Timoteo que la amonestó echándole un sermón y con tal eficacia que por penitencia se prestó al fin á lo que se exigía. Entre tanto la animaba el marido con todas sus fuerzas. «Ya sabes que tengo en esto empeño formal; no te hagas de rogar mucho: muestra que amas á tu esposo obediéndole. Si el bárbaro se hace el pudoroso y tímido, hazme avisar sin tardanza y lo remediaremos.» Fácil es conocer que el patán que debía absorver el veneno de la mandrágora era Calímaco. El jugo de la terrible planta era un vaso de hypoerás. Causó, como era natural buen efecto y Lucrecia al día después de la experiencia quería por compadre á Calímaco.

Por estos breves apuntes ha podido ver el lector cuan poco moral es el argumento: los detalles son aun mas libres; y toques hay de la mayor crudeza, por ejemplo las consultas latinas del supuesto doctor: necesario es creer que en aquel tiempo habia costumbre de decirlo todo y de hacer cuanto se decía. Hay la mayor verdad en los caracteres principales; en Niccia, marido que celebra á cada paso su felicidad sin conocer el artificio grosero con que lo engañan, haciendo reir con su candidez. Al saber que está ya convencida Lucrecia á recurrir al medio extravagante que debe quitar el ve-

nenio de la mandrágora, se restrega alegremente las manos, diciendo: «Soy el hombre mas feliz del mundo.» Fr. Timoteo es un tipo del fraile de la época, grosero, avido, intrigante: con toda la sencillez de la tontería comete las mas graves faltas. Monna Lucrecia es una muger culpable sin saberlo y sin quererlo. Estos caracteres trazados con mano maestra son de aquellos retratos que hacen de cualquier modo un gran pintor, pero que solo un gran pintor puede bosquejar. No se sabe que es mas digno de admiración: si la limpieza y firmeza del dibujo, ó el vigor de los toques, ó la viveza del colorido y la ciencia de los efectos.

Esta obra es, como dice el autor en su prólogo, «de un hombre que procura hacer mas dulces sus ratos de tristeza con estos vanos pensamientos:» así, á pesar de su aparente alegría; no se ve mas que el lado sombrío de la vida humana. Necios y bribones, personajes que viven á espensas de los primeros y con ayuda de los segundos, forman la intriga de la comedia, pero los chistes y la viveza de la forma salvan la tristeza del fondo. Los equívocos ingeniosos y palabras llenas de gracia no permiten que decaiga un momento el drama de Maquiavelo.

El diálogo de Sostrata, la madre, que anima á su hija Lucrecia y de Fr. Timoteo que viene á ayudarla, está lleno de verdad. «De qué tienes miedo, pobre tonta, dice la madre: cincuenta mugeres hay en esta tierra que levantarían las manos al cielo si les llegase semejante favor.—Me resigno, pero no creo que viviré mañana.—No temas nada, hija mia, replica Fr. Timoteo: rogaré á Dios por tí, y diré la oracion del angel San Rafael para que te acompañe.—Ayúdennos Dios y la Virgen María: ellos saben si tengo mala intencion en lo que voy á hacer.—El pudor y la sencillez de Lucrecia prestan singular encanto á la graciosa figura de esta jóven, cómplice á pesar suyo de la astucia de su amante.



Los monólogos de fray Timoteo no son menos atrevidos que el resto de la pieza: en ellos es sin embargo donde se halla la moralidad del drama. Encuéntrase por la noche fuera de su convento, disfrazado, y dispuesto á ayudar los proyectos de un joven disoluto; «Los que dicen, esclama, que el frecuentar malas compañías puede llevar á un hombre á la horca, tienen razon: igual desgracia viene al que es demasiado bueno y demasiado dócil que al que es verdaderamente malo. Sabe Dios si pensaba yo hacer daño á nadie. Estaba tranquilo en mi celda, rezaba mis oficios y cuidaba de mis buenas beatas. Este diablo de Ligurio ha venido á pillarme; me ha hecho poner un dedo en el error: pronto ha sido cogido en él el brazo, y ahora ya está preso todo mi cuerpo. En verdad que no sé á donde me han de llevar estas cosas.»—El monólogo con que empieza el quinto acto es igualmente curioso: muy fuerte debia ser entonces el poder eclesiástico, y particular confianza debia tener en su fuerza para tolerar semejantes gracias y lo que es mas para celebrarlas y aplaudirlas.

Maquiavelo adquirió en Italia la reputacion de un gran poeta: su comedia era representada entre estrepitosos aplausos en todos los teatros, delante de los personajes mas distinguidos de Roma: la escuela de libertad ó mas bien de licencia, que fundó duró con gloria hasta la conclusion del último siglo: la *Mandrágora* sirvió de modelo á los escritores dramáticos que siguieron.—Tal vez ha sido en España donde ha sido mas conocida entre todas las naciones extranjeras, aunque luego fué completa y al parecer radicalmente olvidada. En el siglo XVII empezó Luis del Haro una traduccion de la comedia de Maquiavelo, no precisamente conforme al original, pero arreglada con gusto y correccion: no fué representada ni impresa; el manuscrito debe existir en la biblioteca de Sevilla ó en la real de París.

FELIX ESPINOLA.

## A LA LUNA

### Oda.

¡O noche! ¡O triste noche!  
todo en letargo sepulcral descansa;  
que al desplegar tu manto  
se derraman los sueños y el espanto.

Tal vez de roncadas aves  
aterrador graznido altera el viento,  
que en la espesura ondea  
y entre las ramas cruza y las menea.

En soledad sombría  
el grave y sordo susurrar se escucha  
allá de aquel torrente:  
no hay entorno de mi ningún viviente.

Tu sola, escelsa luna,  
pálida y melancólica te ostentas:  
y en giro silencioso  
los amores concitas y el reposo.

A tu girar eterno  
solo la eterna inmensidad se ofrece,  
que ante tu faz volando,  
vá de tu curso y tu poder triunfando.

A verte los luceros,  
por los confines del espacio asoman;  
en ti su luz reflejan,  
se asoman otra vez y otra se alejan:

Mientras que tú, impasible,  
lánguida, soñolienta y magestuosa,  
tus apacibles llamas  
sobre este suelo criminal derramas.



Impávida en tu giro  
fulgente Diosa de la opaca noche,  
del sol los fuegos templas,  
y tiempos y hombres desde allí contemplas.

Tu luz odia sañudo  
el torvo criminal, que por el bosque  
pavoroso cruzando,  
de una sombra á otra sombra vá saltando.

Cada tronco roído  
párecle un verdugo, y se amedrenta,  
y escucha acobardado  
y apresura su marcha horrorizado.

Detente, Luna, y dime,  
dime del hombre la veraz historia,  
los pueblos y los reyes,  
dime los dioses y sus sacras leyes.

Tú viste allá de Atenas  
la rumorosa plebe alzar sañuda  
el hierro fraticida,  
por sostener su libertad mentida.

Mentida, sí..... ¿y el hombre,  
esclavo débil de miserias tantas,  
de sí mismo tirano,  
al dictado de libre aspira insano?

Aun tiembla estremecido  
el suelo que agoviaron formidables  
de Roma las lecciones,  
altivas sojuzgando á mil naciones.

Los crudos alaridos,  
los llorosos clamores que arrancaba  
su poderío infando,  
todavía en mi oído están sonando.

Y á tantos vencedores

de sangre de inocentes salpicados,  
un liberto oprimia,  
en premio digno á su bárbarie impía.

Tu miras zozobrantés  
en la callada noche á las matronas,  
hirviendo el falso pecho  
en amor criminal, saltar del lecho.

Furtivas, oficiosas,  
á sus amantes acechar: lascivas  
á sus brazos lanzarse,  
buscar las sombras y de ti ocultarse.

En su adulterio ufanas,  
de la fé conyugal burlarse impías,  
y en su pasión furiosas  
el dulce nombre profanar de esposas.

Mientras rijoso oprime  
allá el sultan entre caricias rudas  
á cien lindas doncellas,  
esclavas tristes por nacer tan bellas.

Tú ves el lloro inútil  
que allá en la cárcel la inocencia opresa  
desesperada vierte,  
por un malvado condenado á muerte.

Resuena la campana.....  
allá unos hombres soñolientos rezan,  
y á Dios allí rogando,  
la muerte ruegan del opuesto bando,

Velado en la mezquita  
allá el Santón enfurecido brama,  
y mísero en el suelo  
dispone á su sabor del alto cielo.

Por vil metal comprado,  
al asesino señalando miras,





con su diestra inhumana,  
al infeliz que espirará mañana.....

Sigue tu curso, Luna,  
Sigue y el crimen siga... yo á la sombra  
de este sauce tendido,  
cuanto suceda ignoraré dormido.

SANTOS LOPEZ PELEGRIN.

### NOVEDADES TEATRALES.

*Juan de Suavia*.—Drama en cinco actos traducido del francés, representado en el teatro de la Cruz.—*No siempre el amor es ciego*, comedia original en tres actos, su autor don Manuel Diana, representada en el teatro del Príncipe.—*El Vaso de agua*, drama de M. Scribe traducido del francés y representado en el teatro de la Cruz (1).

Del género mas exageradamente romántico, con todos los defectos y monstruosidades de los melodramas espantables y bulliciosos, tocando en ridiculidad por su lenguaje y por su intriga, *Juan de Suavia* fue mal recibido por el público la primera noche que se presentó. Y nunca ha tenido mas razon el público en su censura. Imposible parece que hayan creído sus ilustrados traductores en su buen éxito, y que la empresa no haya calculado hasta qué punto podria ser perjudicial á sus intereses. La accion pasa, si no estamos trascordados, en el siglo décimo tercio y en un canton de Suiza. Explicar el argumento y combinarlo es tarea superior á nuestra paciencia, porque alli hay todo lo que ha habido y puede haber en el teatro con otras cosas racio-

nalmente imposibles. Hay un emperador de Alemania, buen hombre que no sirve mas que de maestro de ceremonias, á pesar de haber asesinado á su hermano y casádose con su viuda cómplice en el crimen. Esta especie de Clitemnestra tiene unos entenados, modelos de principes, borrachos, ladrones, raptadores, insolentes, pendencieros, son todo cuanto un principe malo puede ser: y hay el robo de una doncella que, cual otra Helena, aunque virgen, pone en movimiento á los pueblos irritados: y hay desafio entre dos caballeros que ambos son hijos de padres desconocidos; y hay cartas escritas con sangre, y reconocimiento de dos hermanos antes de combatir, y pronunciamientos patrióticos; y orgias entre el tumulto y el incendio, con órganos de iglesias y músicas de bacanal; y de toda la familia imperial no se salva mas que la matrona, porque el emperador y sus hijos mueren sacrificados por el pueblo: hay tantas cosas en fin, que el que desee ver muchos acontecimientos terribles, no tiene mas que constituirse tres horas en el teatro y se saciará su sed con la representacion de *Juan de Suavia*.

Lo único raro es la advertencia que precede al drama en la impresion: parece extraño que dos literatos conocedores de la escena, el uno como autor original, como antiguo traductor el otro, hayan empleado tan mal su tiempo y su trabajo. Esforzáronse mucho los actores para luchar contra su situacion y salvar á fuerza de habilidad la pieza que representaban, pero sin fruto. Latorre y Mate especialmente desempeñaron admirablemente sus papeles, aunque sin fé en el éxito. Sacó el último al salir por primera vez una armadura sencilla y escelentemente trabajada.

*No siempre el amor es ciego*, es una comedia muy ligera del género de Breton. Desde la primera escena conócese que le ha tenido muy presente el autor en el

(1) Véndense en las librerías de Cuesta y Escamilla.



arreglo, distribucion y estilo del drama. No le alcanza sin embargo, y es muy natural que así suceda. Primera produccion de un jóven que se dedica à carrera tan difícil, resiéntese de timidez y poca experiencia del teatro. El argumento es estéril y manoseado: no hay un caracter completo ni que llame la atencion. Sin embargo puede asegurarse que hay buenas disposiciones en quien empieza así el jénero dramático que mas arte requiere: las comedias de costumbres necesitan para producir efecto un conocimiento del mundo y de los resortes escénicos que difícilmente puede encontrarse en los primeros ensayos. *No siempre el amor es ciego* es una composicion cuyo mérito está en la naturalidad y viveza del diálogo. Su soltura y facilidad distraen poderosamente la atencion y arrancan involuntariamente la risa: no hay escena alguna que canse à los espectadores. La versificacion es en jeneral fluida y caprichosa; como el señor Breton de los Herreros, el autor ha usado de los esdrújulos, pero tal vez con frecuencia sobrada. Las alusiones políticas, inocentes y ligeras, los refranes y fórmulas de espicientes traídos en medio de la conversacion arrancaron repetidos aplausos del público. Al echar el telon despues del último acto, pidióse la salida del autor. Deseamos sinceramente que don Manuel Diana, animado por el éxito de una pieza que debe mirar como su ensayo, no abandone la senda en que acaba de entrar. Con la disposicion que manifiesta y el estudio del arte no puede menos de alcanzar justos y brillantes laureles algun dia.

La ejecucion fué buena. Ni Matilde ni los Roméas salieron à las tablas: nosa hemos el motivo, pero las señoras Corcuera y Coronel trabajaron mucho mejor que de costumbre. El escelente y caprichoso actor don Antonio Guzman estaba en uno de sus buenos días: y como à poco que quiera cautiva la atencion del público con su intelijencia y recursos admirables, arrancó aplausos merecidos, dando fuerza y vigor al papel que

representaba. En el suyo poco lucido ciertamente, el señor Sobrado no le hizo ni bien ni enteramente mal. Encuanto al Sr. Luna, aunque encargado del papel mas difícil, desempeñó con perfeccion la parte que le estaba confiada: en esta comedia la crítica no le debe mas que elogios: sus maneras fueron sumamente naturales, y el carácter que representaba retratado con la mayor fidelidad.

Peró el acontecimiento teatral de estos dias es la representacion del *Vaso de agua*, comedia de E. Scribe. Aunque del mismo jénero que *El arte de conspirar* es en nuestro entender notablemente superior; y esta alabanza no es exajerada, por grande que pueda parecer à primera vista. El artificio de la comedia es mas acabado y mas puro: la intriga conducida con habilidad suma concluye en un desenlace inesperado y sin embargo natural. El diálogo vivo y delicado está lleno de ingenio y de finura. La accion complicada y vigorosa pasa en un solo salon del palacio de la reina Ana. No hay situaciones preparadas para hacer efecto: no hay exaltacion en las pasiones para producir efimero ó forzado interés: el interés y el efecto nacen de la admirable colocacion de las escenas, de la complicacion de negocios que allí se ajitan con la mayor llaneza, sin violencia alguna, con la reserva debida al palacio de un soberano. La comedia de Scribe es un drama de medias tintas, pero tan delicadas, tan bien unidas que entretienen la atencion de los espectadores sin abandonar un momento el interés en su larga carrera; pues son cinco actos únicamente ocupados con minas y contra-minas cortesananas, con proyectos políticos disfrazados en intrigas palaciegas.—El caracter de Bolingbroke es admirable: en su siempre activa y azarosa posicion, no desmiente un momento su tacto, su experiencia y su frialdad; pero si ha necesitado el autor sumo ingenio para arreglar este tipo, singular arte ha debido emplear para presentar en la escena con tal maestria à la buena y ti-



## LICEO.



mida reina Ana. Las pasiones obscuras de la mujer dominando sobre la ambición de la reina, el poco apego á los negocios de estado, la irresolución, la falta de valor en las ocasiones difíciles, estos defectos combinados con modestia suma, con bondad inalterable, con virtudes poco lucidas aunque verdaderas, eran difíciles de encarnarse en un carácter dramático que produjese interés. Scribe ha sabido hacerlo. Muchas y altas cualidades hay que admirar en la pieza que analizamos ahora; pero lo que mas debe llamar la atención, porque tambien es lo mas raro, es la sobriedad con que ha usado su autor de los recursos escénicos, la sencillez del arte en la complicación de la intriga, el hábil enredo y el fácil desenlace del hilodramático, la delicadeza del diálogo y la verdad de las situaciones.

Teodora Lamadrid hizo perfectamente su papel. Bien aderezada y vestida como se la vé siempre en la escena, su linda figura y sus maneras dulces y agradables realzaban bien el tierno carácter de la reina Ana. Su hermana que es una excelente actriz y que representó perfectamente, manifestó sin embargo poca soltura en su ademan; y la elegancia de los modales era tan necesaria como la altivez en la poderosa duquesa de Marlborough. El Sr. Lombía comprendió bien su parte: la hubiera espresado mejor, si el hábil político hubiese mostrado mas dignidad en su aspecto y en sus maneras en el salon de su reina, porque al fin no podía olvidar que estaba en su presencia cuando hablaba. Hacemos severamente esta observación porque la crítica no debe ser indulgente con el señor Lombía que tiene grandes disposiciones, y notable inteligencia en su arte: lástima es que en esta comedia asome algo el gracioso por entre la aguda y elegante compostura del cortesano.

El éxito del *Vaso de agua* fué como era natural, completo y satisfactorio.

LÚCULO.

La función preparada á beneficio del Liceo tuvo lugar el miércoles 26 del corriente como estaba anunciado. Tal vez la humedad de la noche y el mal tiempo que ha reinado estos días impidieron que la concurrencia fuese tan lucida como esperábamos. Sin embargo el Liceo hizo cuanto pudo por combinar una sesión de mérito particular.—Representóse la comedia del Sr. Breton de los Herreros *A Madrid me vuelvo*, en que D. Julian Roméa, y doña Matilde Díez y D. Antonio de Guzman actores del teatro del Príncipe que generosamente habian ofrecido su talento al Liceo para realzar aquella función, desempeñaron admirablemente sus papeles. Es imposible señalar quien lució mas; don Ventura de la Vega con el gusto y habilidad cómica que el mundo culto le conoce, ayudó al buen éxito de la comedia, de tal manera que estamos seguros que ni en provincia ni en la capital ha sido en ningún tiempo mejor representada producción alguna.—La pieza en un acto intitulada *No mas muchachos* fué ejecutada por la Señora Doña Josefa Gallardo con la viveza y gracia que tan peculiares le son; y Don Antonio Guzman, en el papel del tío, hizo gala de esa facilidad, chiste y soltura que posee mejor que nadie cuando quiere emplear algunos de sus excelentes dotes.

Cerró dignamente la función el último acto de *I Capuletti id i Montechi*. Doña Manuela O. de la Vega representaba á Roméo. Los elogios son inútiles hablando de una señora cuyo talento artístico es tan conocido en Madrid. La extensión y anchura de su voz, sus recursos y su gusto para el canto arrancaron repetidas veces aplausos de los espectadores. Julieta era una de las jóve-



nes artistas mas lindas y graciosas del Liceo. La Señorita Doña Isabel Cárdenas aunque algo temerosa como es natural al presentarse por primera vez en un teatro, cantó su parte con sumo gusto y espresion. Vestida de blanco, al lado del sepulcro vacío, pálida y destrenzada, estaba mas bella que todas las bellas Julietas que hemos visto en los keepsakes ingleses y en las estampas italianas.

Tenemos entendido que las secciones de declamacion y canto están disgustadas de la poca concurrencia de la sesion del miércoles. Mucho sentiremos que estas quejas influyan en la suerte del Liceo, pero en nuestro entender son harto razonables y justas. Estar trabajando todo el año para sostener un establecimiento sin ningun género de remuneracion, emplear su talento y sus estudios para que luego si un día necesita el Liceo un gasto extraordinario, abandonen sus socios á los desinteresados artistas es cosa sobrado dura á la verdad. La concurrencia del miércoles no pasaria de trescientas personas. Con menos motivo, en noches mas lluviosas y frias hemos visto lleno aquel estenso salon hasta el punto de no poder entrar. ¿en qué consiste pues que con funcion tan escogida, con tantas causas de curiosidad fué tan poco lucida la concurrencia?

## ALBUM.

El teatro del Principe ha dado estos últimos dias *Un agente de policia. Las tramas de Garulla. No siempre el amor es ciego y la Solterona.*

En el de la Cruz sigue llamando la atencion la lindísima comedia de Scribe intitulada *Un vaso de agua.* No falta

la concurrencia á una pieza que con razon ha gustado al público madrileño.

ZEUXIS, pintor famoso por los años 400 antes de Jesucristo, era natural de Heraclea, disputaba con Parrhasio el premio de la pintura en un certamen. Zeuxis fue el primero que presentó unas uvas pintadas: engañados los pájaros llegaron á picotearlas. Su competidor presentó una cortina: y envanecido el primero con el engaño de los animalitos, dijo á Parrhasio: «*Descorre la cortina, y véamos tu obra*» pero quedó sorprendido al ver que era pintada con tal perfeccion que no habia podido conocerlo. Entonces se confesó vencido, porque tuvo por mas fácil engañar á las aves que á un pintor como él.

Megabyses, señor persa, fué á visitar á Zeuxis, y le dijo su parecer sobre la pintura, como acostumbran los grandes que juzgan de todo sin entender la mayor parte de nada. Los discípulos de Zeuxis se echaron á reir y el maestro le dijo: «os aconsejo señor Megabyses dejeis esa materia, porque estos muchachos deslumbrados por la magnificencia de vuestros vestidos, os respetan antes de hablar, pero luego ya se burlan de vos.»

ZENON, filósofo de Elea, discípulo de Parménides, é inventor de la dialéctica, vivia hácia el año 404 antes de J. C.

Le decia un jóven que el amor no era una pasion digna de un hombre sabio. Tanto peor, le contestó Zenon, pues entonces solo amarian los necios.

Dichosa, decía Zenon, la ciudad donde se admira menos la hermosura de los edificios, que las virtudes de sus moradores.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.